

GALY GALIANO

*llévame
Contigo*



PUBLISHING

Este libro no podrá ser reproducido, ni total ni parcialmente, sin el previo permiso escrito del autor. Todos los derechos reservados.

© 2021, Galy Galiano
www.galygaliano.com

ISBN medio digital: 978-958-49-1355-5
ISBN medio físico: 978-958-49-1379-1

Registro DNDA: Libro - Tomo - Partida 10-907-272
Fecha de registro 11-sept.-2020

Galiano Producciones SAS, Nit 83001193-99
gp Publishing

Imagen de cubierta: Maoshi

Diagramación: Myriam Enciso Fonseca
(myriamencisof@gmail.com)

Primera edición: febrero de 2021

Impresión:
Impreso en Colombia - *Printed in Colombia*

*El mal persiste si la mente, en su desánimo,
desiste. Y complemento: el verdadero mal de la
humanidad somos nosotros mismos.*

GALY GALIANO

Capítulo I

—¡Por qué no me llevas! ¡Qué estás esperando! —Fue un grito de desesperación que le salió de sus adentros, viendo que la Muerte parecía absorta. Un capuchón negro camuflaba su esquelética figura y solo dejaba ver la sombra de dos cavernosos ojos que la acechaban desde una esquina, mientras con uno de sus huesudos dedos consentía el filo de la guadaña que, anclada al hombro, esperaba dar la estocada. Llevaba ya mucho tiempo sentada junto a Elisa acompañando su postración, y en los últimos años, en su estado de caquexia, habían forjado una peculiar amistad. Aturdida por los ruegos, la Pelona volvió en sí y apenas atinó a responder:

—Solo estoy esperando órdenes, no desesperes.

—¿Órdenes de dónde?, ¿del cielo o del infierno? —preguntó Elisa con un dejo en la voz.

Tras dudar un poco, y sin saber qué más decir, la esquelética figura repitió:

—Yo solo espero la orden. —Y se puso de pie en un solo movimiento, dejando a una Elisa dudosa, pero al momento suplicando dijo:

—¿No te da lástima verme así?

—¿Lástima? No tengo tiempo para eso, ya te dije que solo recibo órdenes.

—¿De qué estás hecha?, parece que no tuvieras alma —le reprochó.

—No estoy hecha de nada. Y qué importa mi alma, pero la tuya me la llevo.

—¿Te la llevas a dónde?, ¿al cielo o al infierno? —le preguntó Elisa intrigada, pues la Huesuda seguía sin darle una respuesta.

—Eso solo lo sabes tú —sentenció la Muerte.



Antes de partir hacia un mundo desconocido, y con los motetes ya hechos y apilados en una esquina de su habitación, miraba por la ventana cómo el abrasivo calor mañanero obligaba a todo ser viviente a refugiarse bajo la sombra de un frondoso palo de mango o de algún tejado con salientes, mientras en su techo las láminas de zinc chirriaban por el azote del sol. Mas sabía, aliviado, que ese era su último día en aquel hervidero. Ese pueblo que lo había visto crecer no era suficientemente grande para lograr sus sueños. Aunque, al tiempo, lamentaba desprenderse del amor de sus raíces.

A la mañana siguiente saldría por primera vez de su natal Chiriguaná a probar suerte en esa nevera de la que todos hablaban y en la que guardaba la ilusión de convertirse en antropólogo, sin siquiera calcular las aventuras que le deparaba. Liberato, su tío abuelo, lo recibiría en su morada, pues años atrás había migrado a la capital para posicionarse con rotundo éxito en la industria cinematográfica, lo que lo llevó a asentarse en la metrópolis con una economía solvente.

Ansioso por comentar los pormenores de su viaje, salió del cuarto hacia la habitación que daba al frente de la casa, donde estaba su abuela. Ya era casi una rutina susurrarle al oído, y ella siempre recibía sus palabras en un silencio sepulcral y postrada en el catre, en una suerte de estado comatoso. Pero el que su interlocutora permaneciera siempre enmudecida no significó nunca una dificultad o un lamento, más bien era una fuerza motivadora para que, afectuosa y casi religiosamente, se acercara a ella para hablar de sus amores, tristezas e ilusiones.

Se mantenía por las ganas de vivir, pues estaba parado en los propios huesos, encorvado como un palillo embejucado. Con sumo cuidado y gran dificultad corrió la tranca y abrió la puerta, y al entrar sintió el frío de la muerte. Fue como si el mismísimo Tánatos estuviera presente en la habitación a la espera del desenlace. Encima del buró vio cómo ocho azaleas marchitas exhalaban los últimos aromas de su esencia y al lado del lecho, sobre el nochero, un velón de sebo envuelto en papel crepé alumbraba la estampa de la Virgen de Chiquinquirá.

Acercó un taburete que reposaba en una esquina y se sentó junto a la cabecera para hacer notoria su presencia. Postrado en el catre, sobre el esterillón yacía el cuerpo tieso como el tronco de un árbol de carreto, indefenso cual pichón ante las garras del gavilán. Las esponjosas espigas de la paja del junco, una especie de guata, hacían del lecho un lugar apacible y más confortable a la hora de soportar el dolor, cuyo respirar agónico invocaba por fin una muerte de verdad.

El mosquitero de las seis de la tarde, inmutable ante los sablazos del musengue, sumado a las muchas moscas que buscaban incubar gusanos en las heridas de su piel, la obligaban a permanecer bajo el toldillo. En la quietud de su lecho, sus músculos se habían secado y toda su estructura ósea se marcaba en la tirante piel cuarteada, como pellejo de la iguana que cuelga de los alambres bajo el sol inclemente tras cinco días de secamiento. No debía pesar más de treinta kilos, y su metro ochenta de estatura se había reducido a un laberinto de huesos enroscados, que en una especie de posición fetal no lograba alcanzar un metro de largo. La rigidez de sus articulaciones la hacía ver como una gran escultura de metal, sus dedos lucían como garfios y sus ojos parecían querer salirse de sus cuencas a través de los párpados tensos. Sentía las heridas en carne como dagas que se clavaban en su cuerpo, el encogimiento de la tráquea le impedía ingerir alimentos

sólidos y la contracción de los pulmones le causaba asfixia y hacía de cada respiración un quejido.

Como la luz del pabilo que alumbraba la habitación, languideciente y amenazando con apagarse para siempre, su vida se sostenía apenas por un forzoso latir. Padecía de la terrible esclerosis múltiple, enfermedad que había tenido durante varias décadas y que ahora hacía en ella sus últimos estragos.

Fue un aciago día de 1964 cuando Elisa Hernández se desmoronó sobre el catre del que jamás se levantaría. Le aquejaba un mal que no tenía cura, una enfermedad irreversible y progresiva que, tal como lo diagnosticaron los médicos, la conduciría a una muerte lenta, además de tortuosa. Desde antes de quedar postrada, Elisa ya presentaba demencia senil, su memoria se componía de recuerdos laberínticos que la hacían olvidar o confundir los nombres y los rostros de sus más cercanos familiares y amigos, y ahora, casi ciega, solo le quedaba una audición intacta que le permitía escuchar hasta el sigiloso reptar de una culebra boquidorá en la distancia.

Abatido por la preocupación, Melín había visto a su abuela padecer durante años, siempre recordando lo que el doctor Robertico Durán, médico de cabecera de todo el pueblo, les había dicho un día:

—Elisa no va a poder moverse ni comunicarse con ustedes, pero podrá oírlos claramente.

Por esa razón su nieto primogénito había adquirido la costumbre de hacer confidencias y narrarle nimiedades periódicamente, y ese día no era la excepción. Estando allí, mientras llenaba de caricias sus huesudas manos, le contó del vacío que sentía al pensar que quizás no la volvería a ver ni a ella ni a su primer amor y, tal vez, el único en su vida.

Entonces estando en esa confesión, reflexionó: «¿Habría algún destello de luz en su oscuridad? ¿Recordará su pasado, o lo habrá borrado todo? ¿Habría visto lo que hay tras morir, o permanece aquí como quien espera en silencio?». Estando

en ese cavilar entró su madre quien, sugestiva, pero con mirada de desconsuelo, le dijo:

—Melín, ¿ipor qué te empeñas en contarle cosas a tu abuela si ella casi pertenece al mundo de los muertos!? Comprende que en su estado vegetativo no oye, no ve, ni entiende.

—Pero siente, madre, su dolor es su voz. Además, yo creo que me escucha y percibo que en su oscuridad hay un mundo que desconocemos y a mí me gustaría conocerlo.

—Eso puede ser cierto, mijo, pero será algo que nunca sabremos. Comoquiera, la muerte seguirá siendo un misterio —agregó.

Estando en esa conversación, se escuchó el grito ensordecedor de Orlando, su marido, que desde su habitación dijo en un tono entre mandón y piadoso:

—¡Sonia, baña a mi mamá! ¡Límpiala y déjala arregladita, que hoy es su cumpleaños!

—¡Ah, caramba, verdad que hoy es trece de diciembre! Son sesenta y un años los que cumple —dijo en voz baja.

Un Orlando somnoliento que tras pasar la noche en vela por los quejidos de ultratumba de su madre y escuchando su escalofriante delirium, se preguntó lamentoso cómo será la vida en su angustioso morir. El último quejido se oyó poco antes de la primera campanada para misa de la mañana, momento en el que Sonia se puso en el trajín de asistirle.

Antes de que su madre empezara con la difícil tarea de asear y dejar arregladita a su suegra para su onomástico, Melín, también acosado por el trasnocho, se retiró a su cuarto, y meciéndose en su hamaca, mientras seguía en su dudar alrededor del mundo interior de su abuela, fue cayendo despaciosa y profundamente dormido, ayudado por la modorra del sol costeño y la noche en vela que también pasó escuchando los quejidos de su misteriosa ascendiente.

Entre tanto, Sonia le quitó el pañal chorreado de mierda líquida, la alzó a pulso y, como quien carga a un bebé, se fue

al patio para meterla en la ponchera de aluminio, que momentos antes había llenado con agua tibia, y así, con mucha parsimonia, fue dejando caer suaves totumaditas que al correr los chorritos por su espalda la hacían titiritar.

Estando en eso, Juancho, su hijo menor, que acababa de despertarse, se acercó, y al ver el culo chupado de su abuela y sus tetas, que parecían suelas de chancletas de caucho hasta el ombligo, exclamó:

—¡Uy, mami!, parece un esqueleto.

—No parece, mijo, es un esqueleto viviente —le respondió su madre desconsolada, sin notar que su suegra la escuchaba fuerte y claro desde su pasividad. Sonia era una mujer abnegada y sumisa cuyo pensamiento parecía estar siempre en el limbo, y saber que su suegra estaba de cumpleaños le imprimió cierto entusiasmo a su vida arrutinada.

Pasadas las diez, tras los gritos roncocos de Orlando, la casa parecía una guarida de locos: una catajarria de pelaos desgañitados revoloteaban por todo el patio, tirándole piedras y garrotes al palo de mango para tumbar los más maduros. Mientras tanto, Argelio y Siberio, los hermanos de Sonia que habían llegado la noche anterior desde Fonseca, en La Guajira, buscaban una taza de café en la enramada de la cocina.

—¡Niños, dejen de tirar piedras! ¡Que no me le vaya a caer una a la niña Elisa! —dijo Sonia fumándose un Pielroja mientras seguía bañando a su suegra. Tres cocas de agua fueron suficientes para refrescar su piel.

—¡Y te llenaste de hijos, Sonia, vas a tener que cerrar esa puerta y botar la llave! —dijo Argelio, más impresionado por los siete hijos de su hermana (incluyendo el de su abultada panza de siete meses, a quien llamarían Moniquilla), que por la imagen de Elisa desgarrada en la ponchera.

Cuando terminó de bañarla, la envolvió en una toalla y la llevó al cuarto, la acomodó cuidadosamente en su catre, donde al parecer sintió la tibieza de aquel sitio que le pertenecía,

haciendo que su respiración alterada por aquellos escalofríos y los comentarios de su nieto no la alteraran más.

Sonia empezó entonces a limpiarle las heridas con creso, el mismo desinfectante que se usaba para eliminar la sarna de los perros y evitar la proliferación de gusanos en el ganado, y luego, una a una, dejó caer gotas de mertiolate en las úlceras, para después sellarlas con los mismos polvillos desinfectantes que, en sus años gloriosos, Elisa preparaba en la botica-charrería que compartía con su esposo. Después de que Sonia le hiciera las curaciones y le pusiera el pollerín de holán, subió al zarzo, y del baúl en el que Elisa guardaba sus objetos más preciados sacó el vestido de dacrón con florecitas bordadas que permanecía doblado en un ajado empaque de papel cartón. Era el vestido que Martinello, su esposo, le había regalado hacía más de treinta años, para que se lo estrenara un 8 de septiembre, día de la fiesta de la Virgen de Chiquinquirá en Chiriguaná.

La Muerte, desesperada, alcanzó a fumarse tres tabacos mientras Sonia, con cuidado de no lastimar a su suegra, se dio mañas para engalanarla con aquel vestido que ahora le quedaba inmenso. Antes de que llegara la visita, le ensartó, asegurándola con una vincha, una flor de gardenia para adornar su ensortijada cabellera que ahora se teñía de plata, le coloreó los pómulos con achiote para ruborizar la palidez de su piel y luego limó y pintó sus uñas. Por último, le introdujo un pitillo plástico hasta la boca del estómago, para darle aguas de esencias aromáticas, su único alimento.

LANZAMIENTO MUNDIAL

16 JUNIO
2021  

6:00 PM / HORA COLOMBIA

ÚNETE A FACEBOOK PARA VER EL
LANZAMIENTO EN VIVO

WWW.GALYGALIANO.COM

HAZ CLICK AQUÍ

